

# LOS HERMANOS VONNEGUT

---

**Ciencia y ficción en  
la casa de la magia**



**GINGER STRAND**

Traducción: Regina López Muñoz



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*The Brothers Vonnegut*  
*Science and Fiction in the House of Magic*  
Farrar, Straus and Giroux  
Nueva York, 2015

ES POP ENSAYO Nº 26  
1ª EDICIÓN: MAYO 2021

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
www.espop.es

Published by arrangement with The Wylie Agency LLC  
Copyright © 2015 by Ginger Strand

All rights reserved

© 2021 de la traducción: Regina López Muñoz

© 2021 de esta edición: Es Pop Ediciones

**Foto de portadilla:** Bernard y Kurt Vonnegut en el verano de 1976.  
Publicada originalmente como contraportada de la novela *Cronomoto*.  
© Jill Krementz.

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:  
Óscar Palmer y Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:  
Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-17645-14-4  
Depósito legal: M-14780-2021

# ÍNDICE

<b>1. Niebla de otoño</b>	9
<b>2. Precipitación de acontecimientos</b>	31
<b>3. La cabeza en las nubes</b>	57
<b>4. El relámpago</b>	86
<b>5. El ojo del huracán</b>	100
<b>6. Meandros</b>	131
<b>7. Hacedores de lluvia</b>	167
<b>8. Como caído del cielo</b>	205
<b>9. Frentes fríos</b>	229
<b>10. Vientos variables</b>	266
<b>Epílogo. El final del arcoíris</b>	299
<b><i>Agradecimientos</i></b>	317
<b><i>Notas</i></b>	321
<b><i>Bibliografía</i></b>	347
<b><i>Índice onomástico</i></b>	351

# Niebla de otoño

EL SOLDADO DE PRIMERA VONNEGUT SE PREPARÓ PARA MORIR.

En el fondo de una hondonada cubierta de nieve, caló la bayoneta y esperó, agazapado entre un grupo de unos cincuenta soldados. Su unidad, la 423, llevaba tres días combatiendo, desde el 16 de diciembre. Casi todo el tiempo, perdidos. Ahora se encontraban rodeados, acorralados en una pequeña depresión de terreno desconocido. Kurt se encorvó bajo el capote —tenía esa costumbre, más propia de hombres altos—, pero no lograba entrar en calor. Aquel mes de diciembre, el de 1944, fue uno de los más fríos y húmedos jamás registrados en Europa.

Los alemanes les gritaban. Ni Kurt ni sus compañeros los veían, pero sí oían unas voces de acento muy marcado que les ordenaban que se rindieran. Estaban rodeados, aseguraban los nazis. Era inútil oponer resistencia. Los hombres se apiñaron aún más, apuntando con las bayonetas como soldados de película. El tiempo se eternizó. A Kurt siempre le había gustado sentirse parte de un clan, y allí, al final del camino, los soldados se convirtieron casi en un solo cuerpo, en un enorme puercoespín con púas de acero. Durante unos minutos, fue hasta bonito.

Hacía menos de un mes que había desembarcado en el teatro europeo y lo habían trasladado al frente en un camión azotado por el granizo. Aún seguía aturdido. La madre de Kurt había muerto de sobredosis —¿suicidio? ¿accidente?— justo antes de su partida. La tristeza lastró mucho su marcha, complicando e intensificando su miedo.

Añoraba sentir que alguien lo amaba, que seguía cada uno de sus movimientos con una entrega sin límites. No había sido consciente de cuánto lo necesitaba hasta que su madre se fue para siempre.

Pese a todo, por primera vez en la vida tenía la sensación de encontrarse por encima de cualquier reproche. Ya no era un pésimo estudiante de Química al borde de abandonar la carrera; estaba donde tenía que estar, en primera línea, poniendo su vida en juego; la clase de persona a la que homenajeara el grandioso Monumento a Soldados y Marineros en el centro de su ciudad natal, Indianápolis. Ni siquiera su hermano mayor, Bernard, podía afirmar tal cosa. Bernie: el alumno modelo, el científico brillante, el hombre del MIT, como su padre. El desencadenante de la serie de acontecimientos que había llevado hasta allí a Kurt, un pacifista a punto de ser engullido por la guerra.

Los alemanes dispararon a los árboles por encima de las cabezas de los soldados. Llovieron ramas y esquirlas de acero. Alcanzaron a un par de tipos. Quizá estuvieran muertos. Veinticinco años más tarde, Kurt presentaría al mundo a un personaje llamado Edgar Derby y describiría su experiencia en aquella misma batalla. Denominaría lo que le llovió encima como «el increíble clima artificial que los terrícolas crean a veces para otros terrícolas cuando no quieren que dichos terrícolas sigan habitando la tierra».

Salid, ordenaron otra vez los nazis. Los norteamericanos salieron. Cuando Kurt vio a los alemanes, no pudo evitar fijarse en sus monos blancos para la nieve. Mucho mejor que su absurdo verde militar, pensó. Los estadounidenses siempre iban de caqui, como si las guerras nunca se libraran en espacios inmaculados, en medio de blancas tormentas.

\* \* \*

La batalla había comenzado hacía tres días, a las cinco y media de la mañana, antes de que el alba se deslizara sobre el paisaje helado de la Schnee Eifel (o «montaña nevada»). Estaban vigilando un punto mal defendido del viejo Muro del Oeste, una línea de defensa

que los aliados llamaban Línea Sigfrido. Todo estaba en calma; nadie esperaba que en ese frente pasara gran cosa. Hasta que en la negrura de la madrugada sobrevino aquel ataque que sonaba como si el cielo se estuviese desplomando. A lo largo de ciento treinta kilómetros de Muro del Oeste, los soldados aliados despertaron bajo una lluvia de artillería: proyectiles de cien milímetros disparados desde cañones ferroviarios, la tos seca y los zambombazos de los morteros, los silbidos agudos de lo que los americanos apodaban «las chillonas» pero los alemanes llamaban *Nebelwerfer* (lanzadores de niebla). El bosque que corría paralelo al frente quedó arrasado por el fuego alemán. Hasta los nazis se mostraron impresionados por su propia tormenta de artillería. Un comandante alemán calificó aquello de «huracán de hierro y fuego».

Durante casi una hora, el ataque machacó a las tropas estadounidenses. Hasta que, de pronto, se hizo un silencio espeluznante. Los soldados estaban intentando orientarse cuando oyeron un ruido metálico y quedaron bañados por una potente luz procedente del este. A través de la densa niebla, los alemanes les estaban apuntando con focos reflectores, como si fuesen actores en un escenario, una táctica novedosa que ellos denominaban «luz de luna artificial». Para los maltrechos aliados, aquello fue como si los nazis hubiesen tomado las riendas de la naturaleza. Por último, de la blancura surgieron unos monstruos de nieve: la infantería alemana.

Estaba sucediendo algo muy gordo, pero nadie lo sabía. Las líneas telefónicas habían reventado; divisiones enteras perdieron el contacto con el puesto de mando. Los estrategas recibían informes confusos e incompletos; algunos creyeron que la cortina de fuego era tan sólo un ataque «de desarticulación», un despliegue inútil por parte de un enemigo que se sabía derrotado. A fin de cuentas, la guerra iba ya camino de terminar. El general Eisenhower tenía una apuesta con Montgomery, el mariscal de campo británico: antes de Navidad, Europa estaría ganada. Los generales aliados tardaron días en percatarse de que se estaba produciendo una gran ofensiva y en desviar tropas para contenerla.

Con la perspectiva que da el tiempo, resulta evidente que fue un error poner sólo una división aliada a cargo de cuarenta kilómetros de frente, pero los alemanes eran menos y estaban peor pertrechados. ¿Por qué iban a lanzar una ofensiva? Sólo tenían un factor a su favor: los aliados lo llamaron «el tiempo de Hitler».

En las contiendas, los soldados luchan contra algo más que el enemigo. Luchan contra la topografía. Luchan contra el reloj. Y, sobre todo, luchan contra la meteorología. Kublai Kan podría haber invadido Japón, pero un tifón destruyó la mitad de su flota. La armada española cayó derrotada ante Gran Bretaña por culpa de las tempestades del mar del Norte. Napoleón fue especialmente desgraciado en lo tocante al tiempo: perdió Waterloo por una tormenta y su marcha sobre Rusia fracasó no gracias al arte de la guerra sino al invierno puro y duro.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la meteorología desempeñó un papel más relevante que nunca. Fue el primer conflicto con una participación decisiva de la aviación, y las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos eran especialmente vulnerables al mal tiempo: la nubosidad obstaculizaba los bombardeos; la nieve desmodulaba las señales de radio; las heladas obligaban a los aviones a aterrizar. El tiempo también tendía emboscadas a la fuerza naval: el día que el ataque alemán al frente occidental despertó a Kurt, la III Flota se enfrentaba en el Pacífico a un tifón que hundió tres destructores, destruyó ciento cuarenta y seis aeronaves en sus portaaviones y mató a setecientos setenta y ocho efectivos, un balance de muertes superior al de cualquier ataque japonés. Por último, las condiciones meteorológicas atormentaban también a la infantería: nevadas y lluvias ralentizaban carros, tropas y líneas de abastecimiento. La niebla ocultaba movimientos enemigos.

Las previsiones meteorológicas habían formado parte de la mayoría de enfrentamientos bélicos desde principios del siglo XIX, pero, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, los generales se dieron cuenta de que necesitaban más meteorólogos que nunca. Las universidades prepararon a millares de oficiales para el recién creado

Servicio de Meteorología Aeronáutica. El Instituto Tecnológico de Massachusetts (o MIT, por sus siglas en inglés), sede de la facultad de meteorología más puntera del país, instauró un programa especial, y de treinta alumnos pasó a acoger aproximadamente quinientos. El director del departamento, Sverre Petterssen, dejó el MIT para incorporarse al equipo meteorológico del general Eisenhower. Petterssen desempeñó un papel fundamental en la historia de suspense meteorológico más famosa de la guerra.

Durante la Primera Guerra Mundial, había surgido en Noruega una nueva escuela de meteorología basada en la física llamada «análisis de masas de aire». Petterssen era noruego y partidario de este nuevo y riguroso enfoque científico. Ike se disponía ya a invadir Normandía cuando Petterssen le pidió que esperara. El cielo estaba despejado, pero la situación en la atmósfera superior era inestable. Petterssen comunicó al equipo de Eisenhower que era muy probable que el tiempo cambiara para mal y diera al traste con la invasión. No sólo basó su previsión en sus observaciones, sino en la idea de que unos patrones de viento a gran escala estaban luchando allá arriba en el cielo, como ecos atmosféricos del enfrentamiento de ejércitos a ras de suelo. Aunque hoy en día son bien conocidas, en la década de los cuarenta no todo el mundo creía que los fenómenos atmosféricos vinieran determinados por esas masas de aire inmensas e invisibles que los meteorólogos habían dado en bautizar con un nombre muy bélico: frentes.

Otro miembro del equipo, el meteorólogo estadounidense Irving Krick, se burló del enfoque de Petterssen. Echando mano de las técnicas de previsión más clásicas —es decir, la observación de mapas del tiempo del pasado para determinar el rumbo que tomará en el futuro—, Krick declaró que la ofensiva debía llevarse a cabo según lo previsto.

La mayor invasión de la historia pendía de un hilo mientras los pronosticadores discutían sobre vientos. Por fin, el oficial en jefe tomó una decisión. El Día D se retrasó veinticuatro horas, y, efectivamente, el tiempo cambió y se desató una tormenta. El día siguiente

no pintaba mucho mejor, pero Petterssen interpretó la presión barométrica cambiante como una señal de que el tiempo iba a mejorar. Dispondrían de una breve coyuntura favorable antes de que empeorara de nuevo. Jugándose todo a la predicción de Petterssen, Eisenhower dio luz verde al Desembarco de Normandía.

Ahora, sin embargo, eran los alemanes quienes estaban usando las condiciones climatológicas en su favor. La ofensiva que más tarde sería conocida como la batalla de las Ardenas se programó para diciembre con motivo. Protegidos por un manto de niebla densa y fría, los alemanes lograron posicionar 410.000 soldados, mil cuatrocientos carros de combate y dos mil seiscientas piezas de artillería para el ataque. El mal tiempo, a su vez, había retrasado la llegada al frente de suministros y refuerzos aliados, y el frío intenso garantizaba que la infantería estadounidense, apiñada en trincheras y acurrucada tras parapetos, estaría distraída por la necesidad de entrar en calor. Y, lo mejor de todo, la densa nubosidad mantendría en tierra a las aeronaves británicas y estadounidenses, privando así a los aliados del apoyo aéreo. El general Alfred Jodl lo había previsto todo en el detalladísimo plan de operaciones que elaboró para el *reichsführer*, y que bautizó como *Herbstnebel*: niebla de otoño.

\* \* \*

El regimiento de Kurt, el 423, fue el peor parado de la operación Niebla de Otoño. Sus tropas estaban lo bastante adelantadas para ocupar territorio alemán y quedaron aisladas antes de comprender siquiera lo que había pasado. Los hombres del 423, al igual que toda la División 106, estaban muy verdes; nunca habían entrado en combate. Muchos, como Kurt, acababan de salir del Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército (ASTP por sus siglas en inglés), un programa entre universitario y militar que debía proporcionarles un diploma y el grado de oficial. El ASTP se canceló en 1944 porque el Ejército no necesitaba más oficiales, necesitaba fusileros. A Hitler no lo iba a derrotar un ejército de estrategas o ingenieros sino la mera superioridad numérica. A los universitarios como Kurt los sacaron de

sus clases de termodinámica, cálculo e ingeniería mecánica, les proporcionaron una apresurada formación en técnicas de combate de unos pocos meses y los embarcaron rumbo a Europa. Kurt intentó que lo destinaran a relaciones públicas, pero sus empeños fueron en vano. Su unidad, la 106, fue la última división de infantería movilizada durante la Segunda Guerra Mundial. Dos tercios de sus tropas los componían varones solteros menores de veintitrés años.

La Schnee Eifel era el enclave donde, supuestamente, aquellos muchachitos iban a recibir su bautismo de fuego, curtiéndose en pequeñas escaramuzas antes de enfrentarse a una batalla de importancia. Sin embargo, fueron a darse de bruces con la sangrienta ofensiva y no tenían ni idea de qué hacer. El comandante del regimiento, el coronel Charles Cavender, recibió orden de atrincherarse y contener a los alemanes en la medida de lo posible. Le prometieron una entrega aérea de municiones y suministros. Cuando comprobaron que los alemanes avanzaban inexorablemente, los hombres del 423 se dividieron en grupos y se apiñaron como ovejitas. Al anoecer, el rebaño estaba sitiado. Los dos días siguientes combatieron lo mejor que pudieron, en grupos de diverso número, mientras oleada tras oleada de alemanes los circunvalaban en su avance hacia Saint-Vith.

Durante tres largas jornadas, el Regimiento 423 y su gemelo, el 424, intentaron defender su territorio como hormigas aferrándose a un farallón en medio de una riada creciente. La mañana del 19 de diciembre, cientos de hombres de la 106 habían muerto o estaban malheridos. La ayuda aérea prometida no llegaba, y no había ni rastro de los refuerzos. El coronel Cavender mandó a seis hombres a efectuar tareas de reconocimiento. Kurt era uno de ellos. No buscaban al enemigo, sino su propia artillería. Vagando por las colinas nevadas, los seis hombres dieron con otros cincuenta estadounidenses. Y entonces, fueron los alemanes quienes dieron con ellos.

Tal como les habían enseñado, los norteamericanos se rindieron: desmontaron sus armas y las arrojaron a la nieve. Salieron de la zanja pronunciando frases como «tranquilos» o «no disparéis». Querían seguir viviendo, si existía tal posibilidad. Kurt sabía algo de alemán;

sus padres, de origen germánico, lo hablaban entre ellos, y él lo había estudiado durante dos años en el instituto. Se atrevió a decir algunas palabras. Los otros le preguntaron si era descendiente de alemanes. Él respondió dándoles su apellido, Vonnegut.

«¿Por qué combates a tus hermanos?», le preguntaron. La pregunta no tenía mucho sentido. Kurt era un *hoosier*, un chaval de Indiana, no un *kraut*. Pero no andaban del todo desencaminados. Cuando pronunció su nombre de pila, lo hizo, como su padre, a la manera alemana: *Kurt* en vez de *Kart*.

Los alemanes apuntaban con sus armas a los estadounidenses. Kurt Vonnegut, Jr. recibió la orden de marchar.

\* \* \*

Dos años antes, Kurt era un universitario relativamente despreocupado que escribía columnas tituladas «Guía para viajeros inocentes» y «Todo bien» en *The Cornell Daily Sun* y compraba *bourbon* Old Grand-Dad para el baile al que esperaba que acudiera su enamorada, Jane. La guerra, para él, significaba que la Coca-Cola estaba racionada en el campus. La universidad había prohibido las fiestas y salir de la ciudad. Las fraternidades iban a quedarse sin un chavo. Kurt dedicó una columna a la inminente quiebra financiera de las hermandades. «El panorama es desolador se mire por donde se mire», escribió en mayo de 1941. «Desde un punto de vista abstracto será interesante de ver, como un bombardeo».

Tenía dieciséis años cuando empezó la guerra. Él y dos amigos estaban poniéndole la guinda a un viaje de verano pasando unos días como invitados de Frank Phillips, de Phillips Petroleum, propietario de un complejo turístico llamado Rancho Woolaroc en Bartlesville (Oklahoma). Woolaroc era una fantasía para adolescentes: Kurt y sus colegas se pasaban el día montando a caballo, pescando y nadando, y las noches bebiendo cerveza y fumando puros de veinticinco centavos. Hacían el tonto con la pianola de la recepción y saqueaban la biblioteca de su anfitrión en busca de novelas policíacas subditas de tono y estudios antropológicos sobre la vida sexual de tribus primitivas

mientras la radio informaba sobre la amenaza creciente en Europa. Todo aquello se les antojaba remotísimamente lejano. El día que volvían a casa, Hitler invadió Polonia. Durante el trayecto de mil doscientos kilómetros, Kurt repasó la aventura que acababa de vivir y se preguntó si alguna vez volvería a ser tan feliz.

Su familia era pacifista; los Vonnegut siempre habían sido libre-pensadores. Kurt siguió aferrándose a sus convicciones antibelicistas mucho después de que la mayoría hubiera sucumbido ante las monsergas patrióticas. En una columna para *The Cornell Sun*, defendió las impopulares posturas aislacionistas de Charles Lindbergh. En otra, criticó el descarado sesgo antialemán de los medios de comunicación estadounidenses. Más adelante, se despacharía con Wendell Willkie, «yoyó político oriundo del estado de los *boosiers*», por abogar por la apertura de un segundo frente. No es que fuese proalemán. Era, simplemente, antibelicista. Procedía de un largo linaje de alemanes, sí; su abuelo había diseñado el espléndido centro social de Indianápolis anteriormente conocido como Das Deutsche Haus. Cuando la Primera Guerra Mundial suscitó una avalancha de sentimiento antigermánico, Das Deutsche Haus pasó a llamarse Athenæum. Sin embargo, en la familia de Kurt, el origen étnico tenía menos peso que la ética, el intelecto y la sensatez.

A muy temprana edad había aprendido que la mejor forma de que el más pequeño de la casa se hiciera oír durante la cena era usando el humor. Sólo así lograba que dejaran de interrumpirlo y le prestaran *atención*. Además, su hermano era un genio, y su hermana, una belleza con una marcada vena artística. No podía competir con ellos en inteligencia, talento o glamur. Y por eso optó por nutrir su vena humorística, algo que le vendría de perlas en el *Sun*. Sus compañeros de Cornell no siempre estaban de acuerdo con sus opiniones aislacionistas, pero les gustaba su estilo conciso. En marzo de 1942, lo nombraron jefe de redacción del periódico.

Se jactó de ello delante de Jane Cox. Continuamente estaba intentando impresionarla. Se conocían desde muy niños. En cierto modo, Jane era su mejor amiga. Identificaba en ella rasgos —imaginación,

ambición, idealismo— que veía también en sí mismo. Se casarían y llevarían una existencia dichosa juntos, rodeados de libros, música, buenas conversaciones y, más adelante, una patulea de hijos (siete). Kurt sabía todo esto, lo sentía en un rincón muy hondo de su ser, por mucho que Jane, siempre muy atareada destacando en sus clases en Swarthmore, actuando en obras de teatro y saliendo con toda una ristra de muchachos casaderos, todavía no hubiera llegado a la misma conclusión. Kurt se lo reiteraba una y otra vez en las cartas que le escribía. Jane se mostraba a ratos proclive, a ratos distante. Costaba horrores llevarse bien con ella, pero Kurt la amaba, y siempre la amaría. Mil novecientos cuarenta y cinco fue el año que él había escogido para su boda. Lo escribió en una de sus columnas.

Antes de que él se marchara a Europa, se hicieron amantes.

En Cornell, Kurt había dedicado todo su tiempo al periódico, en detrimento de los estudios de carrera. Sus notas se resintieron. Se suponía que iba a sacarse un título de oficial en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva (ROTC), pero lo expulsaron a raíz de la publicación de una columna irreverente, «Impresionamos a la revista *Life* con nuestro eficiente papel en la defensa nacional», en la que confesaba que ni él ni el resto de muchachos del ROTC tenían la menor idea de lo que estaban haciendo, pero que corrieron valerosamente y desmontaron un fusil al grito de palabros sin sentido como «¡Flathatcher!» y «¡Biffleblock!» para aparentar ser experimentados paramilitares ante la cámara de un fotógrafo enviado por *Life*. Aquello no hizo ninguna gracia al ROTC. No era la primera vez que Kurt se mofaba de las maniobras bélicas de los universitarios. En una columna anterior, compuesta como una carta, los zoólogos de la universidad se dirigían al departamento militar para declararse tan preparados para prestar servicio como los ingenieros químicos y los escuadrones de entrenamiento avanzado.

«En las líneas del frente, nuestro oficial en jefe dirá: “Vontegal [...] ¿qué clase de mariposa es ésta, demonios?”, y nosotros seremos los únicos de la trinchera en condiciones de responder. ¡Por detalles así se gana una guerra!».

Hasta cierto punto, se trataba de un malicioso dardo dirigido a su hermano, Bernard, que estaba participando en el esfuerzo bélico. Le habían pedido que abandonara su empleo de los tiempos de paz y regresara al MIT para incorporarse al laboratorio del Servicio de Guerra Química del Ejército. Gracias a eso se libró del reclutamiento. No podía contar en qué estaba trabajando, pero la familia se sentía orgullosa de él; siempre habían estado orgullosos de Bernard. ¿Cómo iba a resistir Kurt la tentación de burlarse de la idea de que los científicos ganarían la guerra? Además, aquello era prácticamente lo único en lo que superaba a Bernie: sabía hacer escarnio de él.

En mayo del segundo año, las notas de Kurt fueron tan malas que lo pusieron en periodo de prueba. Él quitó hierro a sus calamidades en una columna titulada «El batallón perdido sufre un severo ataque». El batallón perdido era él.

¿Por qué no optó por cambiar de especialidad para matricularse en Filología o Periodismo? Era un periodista nato. En Ithaca, sus ratos más felices eran los que pasaba editando el *Sun*, igual que en Indianápolis habían sido los dedicados a editar el *Shortridge Echo*, el primer diario de instituto de todo el país. Su experiencia en esta última publicación lo convenció de que no sólo le gustaban las labores periodísticas, sino que además tenía madera. Cuando estaba acabando el bachillerato, recibió incluso una oferta para trabajar en *The Indianapolis Times*. Quiso aceptarla. Pero el de gacettillero no era el porvenir que ni su padre ni Bernie tenían en mente para él.

Desde luego, el joven Kurt podría escribir, en eso estaban de acuerdo tanto Kurt padre como Bernie; y sí, era un cachondo (el payaso de la familia, el payaso de la clase), pero tan pronto como terminara la secundaria tocaba ponerse serios. En un momento dado, Kurt pensó que no estaría mal ser arquitecto, como su padre y su abuelo Bernard, el artífice del Athenæum. El opulento edificio constituía aún el corazón de la comunidad germanoamericana de Indianápolis, y Kurt había pasado más de una velada allí de pequeño, admirando los elaborados paneles de madera y las ventanas emplomadas mientras los mayores charlaban, bailaban o escuchaban

música. Debía de ser agradable crear algo así de hermoso. Sin embargo, todo aquello había ocurrido antes de que la Gran Depresión arruinase a su padre. El desalentado señor Vonnegut no quería ni oír hablar de que su vástago siguiera sus pasos. Cualquier cosa menos arquitecto, le dijo con amargura.

Los sueños del joven Kurt —compartidos con Jane— giraban en torno a la escritura. Los dos fantaseaban con ser corresponsales en Europa. A veces, cuando Jane le seguía la corriente, visualizaban la casa en la que vivirían: tendría un jardín con un roble en el centro, y un estudio en la parte de atrás donde se sentarían uno al lado del otro y mecanografiarían sus obras maestras. Pero incluso a Kurt le costaba imaginar la escritura como fuente principal de ingresos. Tendría que hacer algo más si quería mantener a esas siete criaturas que estaban por venir.

Bernie tenía la respuesta: Kurt debía hacerse científico, como él. Por lo tanto, Bernard y su padre decidieron que estudiase Química. Un campo útil y práctico. Kurt no puso demasiadas pegs. Creía en la ciencia tanto como ellos. Ofrecía más respuestas a las preguntas de la vida que otros ámbitos como la psicología o la filosofía, le decía a Jane. La ciencia haría del mundo un lugar mejor. Si quería formar parte del futuro utópico, debía hacer caso a su hermano.

Como sus mayores no creían que Kurt tuviera las aptitudes necesarias para el MIT, decidieron matricularlo en Cornell, pero esta universidad tampoco parecía muy dispuesta a aceptarlo, de modo que Bernard lo acompañó en coche hasta Harvard, donde fue admitido de manera provisional. Sin embargo, Cornell acabó cambiando de opinión y Bernard opinó que le iría mejor allí. Kurt afirmaría más adelante: «Ésa era la idea que tenía mi hermano de mí, una especie de científico de tercera categoría».

Así pues, en el otoño de 1940, Kurt puso rumbo a Ithaca para estudiar Química. Pero él no era un científico nato como Bernie. Cuando llegó el momento de hincar los codos, no le entraba nada en la cabeza. Todo lo contrario que con la escritura. De modo que empezó a pasar de las clases y se volcó en lo que más satisfacciones le daba:

quedarse hasta las tantas en las oficinas del *Sun*. Ni siquiera la amonestación recibida en la primavera de su segundo año logró meterlo en cintura. En el primer trimestre del penúltimo año de carrera, suspendió todas las asignaturas. Mientras pasaba la Navidad en casa, agarró una neumonía y decidió no volver. Además, su quinta estaba a punto de ser llamada a filas. En marzo de 1943, se alistó en el Ejército de los Estados Unidos.

Y ahora toda la cadena de acontecimientos se resumía en lo siguiente: el soldado raso Kurt Vonnegut, Jr. se había convertido en prisionero de guerra.

\* \* \*

«La guerra ha terminado para vosotros», les dijeron los alemanes. Kurt se incorporó a la larga fila de soldados yanquis que marchaba en dirección este, hacia Alemania. Varios cámaras alemanes filmaron su avance renqueante. Puede que fuera la última oportunidad de los propagandistas nazis para convencer al pueblo agotado de que la victoria aún era posible. Kurt los vio apuntar con sus lentes a los hombres derrengados. Veinticinco años más tarde, en *Matadero cinco*, afirmaría que «hacía horas que se habían quedado sin película», metáfora perfecta del sinsentido vano que era todo aquello: la propaganda, la ofensiva, la maquinaria de guerra nazi, toda la puñetera guerra en su conjunto. Levantó los pies derrengados y caminó, dejando atrás soldados muertos despanzurrados sobre tanques, hombres congelados en campos cubiertos de nieve, con los brazos estirados hacia el cielo en una súplica estéril. A sus alemanes sí les quedaba película. En ella, los americanos aparecen mugrientos, desinflados, agotados. Algunos cargan con compañeros heridos o acarrear angarillas improvisadas. Los demás se limitan a avanzar a trancas y barrancas. Habían sobrevivido a la ofensiva alemana, pero muchos no iban a contar lo que aún les aguardaba.

Cuando llegaron a lo alto de un cerro, los capturados vieron una larga hilera de prisioneros que se extendía hasta donde les alcanzaba la vista. Los alemanes habían apresado a siete mil soldados. Otro gallo

habría cantado si los aliados hubieran podido poner en marcha los aviones. El apoyo aéreo podría haber desbaratado la operación *Herbstnebel*. Pero, con aquella niebla infernal, los aviones los habían abandonado a su suerte. El tiempo se había puesto de parte del otro bando.

Camino de Alemania, algunos prisioneros debían de ser conscientes de que los alemanes se equivocaban en una cosa: la guerra no había terminado para ellos. Kurt y los demás soldados estadounidenses avanzaban hacia una extraña zona gris, un lugar donde no serían ni soldados ni civiles, donde no estarían ni en paz ni en guerra. La niebla otoñal los engulló por completo.

\* \* \*

La vida de Bernard Vonnegut siempre había discurrido según lo planeado.

De pequeño, cuando hacía experimentos en el sótano, planeó que iría a la universidad y sería científico. La Depresión podría haber frustrado el plan, pero la familia no estaba dispuesta a permitirlo y no lo sacó de Park School, el instituto privado de élite donde hizo la secundaria. (Para ahorrar, matricularon a Kurt en una escuela pública). Después de graduarse, Bernard estudió Química en el MIT, publicó su tesis de licenciatura sobre el análisis de bromo cristalino mediante rayos X y se quedó en el MIT para hacer el posgrado con la inestimable ayuda de varias becas de investigación y docencia. Había planeado ingresar en la fraternidad de su padre, Kappa Sigma, y llegado el posgrado obtuvo techo y comida a cambio de las clases particulares que daba a alumnos de primero de esa misma hermandad.

Lo que Barney (como lo rebautizaron los amigos del MIT) no había planeado era que el equipo de natación perdiera todos los encuentros de su último año, pero él nadó con arrojo igualmente. «Hay que felicitar a Vonnegut por su excelente desempeño en la competición de 200 metros braza», declaraba el anuario, *Technique*. También formó parte del equipo que estableció un récord para el MIT en la categoría de 300 metros estilos. Era bueno jugando en equipo. Nunca necesitó ser la estrella.

Sus planes para después del doctorado consistían en encontrar un buen trabajo como investigador industrial y publicar artículos, que era justamente lo que estaba haciendo como químico en la Hartford-Empire Company, donde estudiaba las propiedades físicas y químicas del cristal, cuando estalló la guerra. Fue entonces cuando sus planes empezaron a desbaratarse.

Y ahora se encontraba allí, atrapado en uno de sus habituales viajes a Mineápolis, donde se alojaba en el hotel King Cole (¡Habitaciones regias! ¡Comida digna de reyes!), lejos de su piso en Cambridge y lejos de su Bow. Bernie se había casado con Lois Bowler hacía apenas un año, el día de Navidad. Los habían presentado unos amigos, y resultó que ella también cuadraba con sus planes. El apodo, Bow, le venía que ni pintado: con su larga melena castaña y sus facciones delicadamente esculpidas, Lois era una belleza extraordinaria —hasta Kurt lo reconocía— y frágil, como si en cualquier momento fuera a deshacerse. A Bow no le gustaba quedarse sola, y cuando Bernie estaba de viaje solía volver a casa de sus padres, en Elizabethtown (Nueva York).

Ahora, en vez de trabajar en la fábrica de cristal, Bernie se movía constantemente entre el MIT y la Base de Investigación del Hielo en Mineápolis, donde se pasaba los días encogiéndose su desgarbada silueta en el diminuto compartimento con calefacción que él y su equipo habían instalado en un bombardero B-24 que apodaron «el túnel aerodinámico de hielo volador». Un comandante de las Fuerzas Aéreas pilotaba el bombardero hasta el cirro más cercano, un sargento abría las compuertas de la bodega de bombas y desde el fuselaje hacía descender un ingenioso artefacto cilíndrico y giratorio diseñado por Bernie para medir el contenido en agua y el tamaño de las gotas. Mientras el artilugio se iba escarchando poco a poco, un viento mordiente azotaba el interior de la aeronave. El sargento se acomodaba de cualquier manera junto a las compuertas abiertas, leyendo un tebeo.

Pero las aguas estaban a punto de volver a su cauce. La guerra llegaba a su fin, lo que significaba que su trabajo con procedimientos de

deshielo terminaría pronto. Y Bow le había contado hacía poco que estaba embarazada. Así que, en el silencio de su regia habitación, Bernie cogió un folio de papel con el membrete del hotel y anotó la fecha: 15 de febrero de 1945.

Un día más cerca de la victoria.

Así rezaba el mensaje de ánimo a pie de página del *Indianapolis Times* que declaraba a su hermano, Kurt, desaparecido en combate, en paradero desconocido tras la terrible y tardía ofensiva conocida como la batalla de las Ardenas. La familia se había enterado en enero. El periódico publicó una nota que hacía las veces de obituario: «Fue alumno de la Universidad de Cornell y tras incorporarse al servicio recibió su instrucción a través del ASTP en el Instituto de Tecnología Carnegie y la Universidad de Tennessee. Tras la cancelación del programa, el soldado Vonnegut fue transferido a la División 106 de infantería». Y eso era todo: los veintidós años de vida de Kurt, resumidos en dos frases. Los Vonnegut no habían perdido por completo la esperanza, pero parecía plausible que la guerra pudiese asestarles un segundo y trágico golpe; primero la madre, ahora Kurt.

Su última carta, escrita el 15 de diciembre, había sido para su hermano Bernard.

Pero Bernie era de natural optimista, nada proclive a cavilaciones ni a la melancolía. Lo mejor, en su opinión, era pensar en el futuro. Por eso decidió enviarle de inmediato una misiva a Chauncey Guy Suits —Guy, para los amigos—, el nuevo director del laboratorio de investigación de la General Electric, el laboratorio industrial más antiguo y reputado del país. Arrancaba pidiendo perdón por no haber escrito antes, pero no había parado desde que había salido de Schenectady (Nueva York) diez días atrás.

«Me han impresionado muy gratamente las instalaciones, su política y su actitud hacia la investigación, así como las oportunidades que ofrece en el campo de trabajo que más me interesa», escribió. «Como le comenté durante la entrevista, no estoy aún en condiciones de tomar una decisión definitiva. Sin embargo [...] tengo mucho interés en trabajar para General Electric».

No sabía con exactitud cuándo se liberaría de sus obligaciones de guerra, pero todos sabían que el conflicto terminaría pronto. Declaró que esperaba un salario de entre cinco mil y seis mil dólares anuales.

Al fin y al cabo, tenía que mantener a su familia.

Diez días antes había estado en Schenectady, hablando sobre hielo con Irving Langmuir. Una experiencia embriagadora. El brillante químico —primer científico industrial en ganar un premio Nobel— rebosaba ideas. Algunos interlocutores dejaban de prestarle atención al cabo de pocos minutos de conversación, pero Bernie disfrutó como un niño. Los últimos meses había estado carteándose con Langmuir y su asistente, Vincent Schaefer, intercambiando impresiones sobre los procesos de deshielo en aeronáutica, y aun siendo Bernie el director del proyecto de deshielo del departamento de meteorología del MIT, era el miembro del equipo que más seguía aprendiendo. Langmuir era químico, como él, pero también había hecho aportaciones notables en física y sus pinitos en biología, matemáticas, y hasta psicología, cuando le convenía. Las disciplinas científicas estaban comenzando a separarse en bloques custodiados por especialistas cada vez más especializados, pero Langmuir era un generalista de la vieja escuela. Al igual que Bernie, jamás habría imaginado que pudiera acabar prendándose por la cuestión del deshielo.

El hielo lleva siendo un problema desde los albores de la aviación. Taponan los carburadores, añade peso y modifica la aerodinámica de las alas. Como es la forma de las alas lo que proporciona el empuje ascensional de un aeroplano, si les añadimos cierta cantidad de hielo, el aparato se desploma. Con los helicópteros, la cuestión es aún más peliaguda, si cabe.

Al principio, los pilotos no volaban en condiciones de congelación. Pero, a medida que la aeronáutica iba cobrando fuerza, se esperaba que volasen sin importar las condiciones climatológicas. Se inventaron y probaron diversos métodos de deshielo. Había recubrimientos, aplicaciones de calor, fundas de goma hinchables que se expandían y eliminaban el hielo de las alas. Algunas veces, funcionaban; otras veces, no.

Bernard nunca le había prestado ninguna atención al deshielo de aeronaves, pero sí había pensado, y mucho, en el hielo. En su tesis de posgrado, «Un aparato para medir el punto de congelación», había diseñado un artefacto que medía el punto exacto en que se congelaba agua con otras sustancias disueltas. Estaba muy orgulloso. Le gustaba concebir herramientas y artilugios: su primera invención patentada fue una pipa de limpieza fácil que diseñó a medias con su padre. El programa aeronáutico requería gran cantidad de aparatos, porque los científicos necesitaban comprender cómo se formaba el hielo. De ahí que Bernie se viera de nuevo haciendo algo divertido: dirigiendo experimentos e inventando artilugios con el fin de obtener datos mediante métodos nuevos.

Como científico, Bernie era a la vez anticuado y ultramoderno. En ese sentido, era fiel reflejo del MIT. Cuando el padre de Bernie estudió en el Tech —como denominaban al centro los propios alumnos—, el Instituto era una escuela profesional que formaba a los muchachos para el diseño de sistemas eléctricos o el trazado de plantas de tratamiento de aguas residuales. Las mentes científicas más destacadas del país siempre habían cursado el posgrado en Alemania. Sin embargo, cuando se avecinó una segunda guerra contra los alemanes, los estadounidenses experimentaron una urgencia nueva por preparar a sus propios científicos. En la década de los treinta, el rector del MIT, Karl Compton, y el vicerrector, Vannevar Bush, empezaron a darle otro rumbo a la institución, y de las competencias prácticas como el dibujo técnico se pasó a las ciencias puras.

Cuando Bernie entró en el MIT, incluso el plan de estudios de licenciatura estaba íntegramente dedicado a las ciencias puras. Casi todas las asignaturas que estudió estaban relacionadas con la química, las matemáticas y la física, con nociones de biología y humanidades de propina. Cursó sólo una de dibujo y geometría descriptiva, la común de primer año para todas las especialidades de Química. Aun así, nunca tuvo reparos en dibujar sus propias ilustraciones o de diseñar sus propios instrumentos. Tan imaginativo como pragmático, a Bernard le gustaba hacer experimentos al más puro estilo de las

manualidades, lo que él denominaba «ciencia victoriana». Cuando el MIT le ofreció trabajar como investigador asociado en el Servicio de Guerra Química, le entregaron una máscara antigás y le pidieron que revirtiera su ingeniería. Bernie consiguió autorización del Distrito Manhattan para utilizar trazadores radiactivos con los que medir las penetraciones de humo en los filtros de la máscara, y luego diseñó un aparato óptico para calibrar rápidamente las penetraciones. Incluso solicitó la patente.

Bernie era un manitas. Para él, el quid de la ciencia radicaba en trastear. Enredabas con algo hasta que lo comprendías. Él llevaba enredando con el deshielo de aeronaves desde 1942, cuando un amigo lo invitó a participar en un proyecto meteorológico del MIT. No tenía formación de meteorólogo. A veces, de guasa, aseguraba que nunca se había fijado en la atmósfera hasta que alguien se la señaló. La meteorología siempre había sido la hermana fea de otras disciplinas de las ciencias duras, como la física y la química. No obstante, Bernie reconoció enseguida los rompecabezas que planteaba aquel campo como problemas básicos de química y física que se manifestaban en el día a día. Lluvia, nieve, nubes, tormentas: todos sus elementos eran muy familiares y a la vez fundamentalmente desconocidos. Para un científico espoleado por la curiosidad, como era el caso de Bernie, la meteorología era el tema ideal. Estudiar el tiempo era plantearse la pregunta más básica de la ciencia: ¿por qué el mundo funciona como funciona?

Una vez, estando los Vonnegut de vacaciones en Chatham, en Cape Cod, un jovencísimo Bernie salió a dar un paseo por la playa mientras los demás dormían. La oscuridad y el rumor de las olas lo habían subyugado. Anduvo y anduvo, dejando atrás el faro, que guiñaba su ojo en la oscuridad. Cuando llegó a una escollera, se adentró hasta el extremo y allí se quedó un rato, rodeado de negrura insondable, oyendo únicamente el bramido y los sonidos de succión del océano al golpear el rompeolas. Era aterrador y emocionante saberse tan pequeño, tan solo en medio del océano y del aire infinitos.

Nunca llegó a perder del todo aquella sensación. Los sistemas terrestres —agua, clima y atmósfera— eran inmensos y complejos,

estaban preñados de misterio y deleite. Bernie aún no tenía ni idea de que la meteorología lo ocuparía el resto de su vida. Ni de que su interés en el hielo y sus nuevos colegas estudiosos del deshielo determinarían no sólo su trabajo futuro sino también el de su hermano. Él sólo sabía que quería seguir dirigiendo exploraciones científicas que representaran un estímulo para su cerebro. Y la General Electric pintaba bastante bien en ese sentido.

Con contratos públicos a espuestas, General Electric había crecido una barbaridad durante la guerra, en especial su laboratorio de investigación, y la empresa planeaba seguir expandiéndose. El presidente Charlie Wilson, conocido como Electric Charlie, había dado instrucciones a Guy Suits y a otros jefes de departamento para que contrataran a muchos empleados. Su propósito era convertir GE en una potencia eléctrica después de la guerra, y a menudo dejaba boquiabiertos incluso a sus colegas ejecutivos cuando decía que esperaba alcanzar «dos mil millones» en beneficios netos en cuestión de poco tiempo. Pero para ello necesitaba ideas nuevas, y hombres nuevos y dispuestos. Por eso Suits animó a Bernie, entre otros muchos, a solicitar un puesto de trabajo en la compañía.

Con la guerra en su etapa final y Bow embarazada, la invitación de Suits llegó como agua de mayo. Bernie contestó inmediatamente y fue a hacer una entrevista a primeros de febrero. Allí conoció a algunas de las celebridades científicas de GE: el físico Albert Hull, alto y severo, pionero de los tubos de vacío; el rechoncho y sociable Saul Dushman, uno de los primeros expertos en mecánica cuántica; Gorton Fonda, cuyo equipo había desarrollado con gran éxito una versión estadounidense de la pantalla de radar en apenas dos semanas. Suits mandó a Bernie de vuelta a Mineápolis con un formulario, que éste rellenó en su habitación de hotel. En el apartado «disponibilidad para el empleo», escribió: «Probablemente, cuando termine la guerra». En origen racial, puso «germánico». En formación académica, con su modestia habitual, marcó la casilla «superior, baja». En la línea destinada al estatus de reclutamiento, escribió «2B»: diferido por causa de trabajo en industria relacionada con la guerra.

Se había librado de correr la suerte de su hermano por estar desempeñando una labor crucial: ayudar a los aviones aliados a efectuar sus bombardeos y regresar sanos y salvos.

Bernard puso la dirección en el sobre y se metió en la cama. Aún le quedaban numerosos vuelos de prueba en el B-24 por delante, numerosas mediciones acucillado en «el túnel aerodinámico de hielo volador». Pero la guerra acabaría pronto; o eso decía todo el mundo. Los rusos avanzaban por el este y los bombarderos aliados estaban destruyendo ciudades alemanas. El *Minneapolis Star-Journal* acababa de publicar el titular «2.250 aviones sobre Dresde». La localidad alemana, una de las más bellas de Europa («la Florencia del Elba», la llamaban), ardía ya tras un ataque nocturno de la RAF cuando llegaron los bombarderos estadounidenses para echar más leña al fuego.

Más adelante, Kurt describiría Dresde como una Atlántida hundándose bajo olas de fuego.

¿Imaginó Bernie lenguas de fuego cuando se echó a dormir en su regia cama del hotel King Cole? No parece muy probable. Allí, en la impoluta blancura del invierno de Minnesota, habría sido demasiado radical concebir la tormenta de llamas que su trabajo estaba ayudando a favorecer. Una tormenta de fuego es la forma más compleja de clima artificial al alcance de unos terrícolas en guerra. Primero hay que encontrar una ciudad cubierta de nubes. Luego, enviar una primera oleada de aviones que arroje explosivos pequeños, para doblegar las construcciones más endebles y reventar puertas y ventanas. La población huye para ponerse a salvo. Una segunda oleada de bombas incendiarias cae con un golpeteo similar al de una lluvia suave, y después cobra vida. Los incendios, alimentados por el oxígeno que circula por la ciudad perforada, conforman corrientes de aire. Un ventarrón ardiente barre las calles; la ciudad se derrite, un ávido torbellino de muerte bloquea las vías de evacuación. Resultado: unas costras renegridas que antaño fueron seres humanos y refugios subterráneos convertidos en fosas comunes.

Una cosa seguro que no imaginó Bernard: que, mientras él escribía la carta a Guy Suits y planeaba su futuro, su hermano estaba

acurrucado en el subsuelo de Dresde mientras la ciudad era borrada del mapa. Bernard, con la cabeza en las nubes, el agua y el hielo, no podía imaginarse a Kurt escondido en el sótano de un matadero, esperando morir achicharrado de un momento a otro.

Los hermanos tardarían aún muchos años en descubrir que el nombre en clave para la destrucción de Dresde fue Operación Trueno.